

solo facultados como ántes, y que el banco conservaría el privilegio de ser único en el radio de 65 millas; en recompensa, consintió que la asignación que le pagaba el gobierno se redujese á la mitad, esto es, á 120,000 libras esterlinas, y la deuda del Estado á 11.150,000.

El valor mínimo de los billetes hasta 1789 era de 20 libras esterlinas; despues emitió de diez; en 1793 lo verificó de cinco; y en 1797 de tres y de una: sin embargo, hoy los menores son de cinco.

El descuento por las letras de cambio pertenecientes á particulares habia sido siempre de un cinco por ciento hasta 1824; entónces se redujo al cuatro; pero no se descontaban sino letras, cuyo valor fuese á lo ménos de 20 libras esterlinas, no excediendo el plazo de tres meses.

El banco de Filadelfia se constituyó en 1790 por un decreto del congreso americano; pero su vida fué lánguida hasta que lo reconstituyó otro decreto del diez de abril de 1814. Es de depósito y circulacion, tiene su residencia en Filadelfia; pero cuenta con 25 sucursales en los varios Estados de la Union. Hay otros 450 bancos en los Estados Unidos, cuyo capital se estima en 150.000,000 de duros. El de Filadelfia ejerce inspeccion sobre todos, y si ve que extienden demasiado sus especulaciones, les exige los pagos en metálico.

En nuestros dias se ha visto la ruina que puede causar el abuso de los bancos.

El banco de Francia empezó sus operaciones en 1800, despues de haberse liquidado la caja de las cuentas corrientes: la ley del 24 de germinal, año xi, modificó sus estatutos, y le concedió el privilegio exclusivo de emitir billetes á la vista por espacio de 15 años, y con la prudencia supo sustraerse de los peligros de los saudimientos políticos. Segun sus estatutos, descuenta efectos comerciales á tres meses de fecha, con la garantía de tres firmas á lo ménos, ó solo de dos si se añade un giro de acciones de banco ó de rentas contra el Estado, ú otros efectos públicos; hace anticipos sobre efectos públicos á plazos determinados, y sobre barras ó monedas extranjeras de oro y plata que se le entregan en depósito, con el uno por ciento al año; tiene caja de depósitos voluntarios por títulos, barras y monedas extranjeras, mediante un octavo del uno por ciento cada seis meses; se encarga de recaudar efectos en representacion de personas particulares ó de establecimientos públicos; recibe en cuenta corriente las sumas que le confien aquellas y estos, y verifica los pagos á que se sujetan dichas cantidades. Se puede ceder el usufructo de las acciones del banco, y no obstante disponer de la propiedad. En descuentos se giran en un año hasta 3,600.000,000 (\*).

El banco de San Carlos en España se fundó en 1782, con un capital de 300.000,000; era de descuento, y á pesar de los caudales procedentes de América, la administración estaba tan desarreglada, que el gobierno carecia de fondos, y le fué preciso crear los llamados vales reales, ó sean billetes del Tesoro de á 300 pesos.

El gobierno se propuso principalmente facilitar el descuento de estos vales y sostener su crédito en la plaza. Al poco tiempo empezó á contratar con el banco, absorbió su capital, de suerte que en el año 1828, segun la liquidación que se practicó al extinguirse aquel establecimiento, tenia en metálico 199,000 rs., y en créditos contra el gobierno 325.000,000. El gobierno verificó una transacción con los accionistas, que redujo estos 325.000,000 á 40, y en 1829 fundó con este capital el banco de San Fernando, que fué poco á

El autor habla de los bancos de otros países sin mentar el nuestro. El traductor ha creído necesario completar estas noticias con las relativas á los bancos españoles, y ha añadido los párrafos que siguen.

poco adquiriendo grandes privilegios. Al principio su crédito se aumentó extraordinariamente, tanto que pesar de la guerra civil de 1833 á 1840, nada desmereció, y sus billetes eran buscados, prefiriéndose al metálico.

Hasta entónces apenas habia celebrado algunos contratos con el gobierno, siendo aun mas parco en este punto en los años de 1843 y 44, pues no prestaba dinero al Estado sin grandes garantías. Pero en 1844 el gobierno fundó otro banco que tituló de Isabel II, con los mismos privilegios que el de San Fernando, y entre otros, el de negociar en fondos públicos y prestar sobre sus propias acciones. Suscitóse en seguida rivalidad entre los dos bancos, disputándose los pocos negocios de la plaza de Madrid, único punto donde circulaban sus billetes; rivalidad que perjudicó á ambos, tanto que, sobreviniendo la crisis comercial de 1848, el gobierno tuvo que suprimir el de Isabel II, uniéndole al de San Fernando: en aquella época circulaban por Madrid 180.000,000 en billetes, y solo habia en caja 100,000 rs. disponibles.

La reorganización del banco se efectuó por una ley hecha en córtes y publicada el 4 de mayo de 1849. Dos años ántes se habian establecido los de Cádiz y Barcelona; el primero con un capital nominal de 100.000,000, que despues se redujo á 50, y el segundo con otro de 20.000,000. La ley que reorganizó el de San Fernando, le fijó un capital de 200.000,000. Creó dos departamentos, uno de descuento y otro de emision; dispuso que hubiera siempre en caja y en metálico la tercera parte del importe de los billetes circulantes, y el resto en obligaciones de fácil cobro, cuyo plazo no pasará de noventa dias.

El gobierno, para salvar el establecimiento, habia tenido que imponer al país un anticipo extraordinario. Los 200.000,000 no se emitieron por completo, y en 1851 se reformó esta ley, reduciendo el capital á 120.000,000, si bien el gobierno quedó autorizado para aumentarlo hasta 200 cuando las necesidades del comercio lo exigieran. Dióse entónces un paso hácia la destruccion del monopolio, determinándose que si en alguna plaza se necesitase una sucursal, y el banco no quisiese establecerla, el gobierno presentaría á las córtes un proyecto de ley con tal objeto. Por lo demas, las disposiciones de la ley de 1849, relativas á la reserva metálica, permanecieron vigentes.

Así continuó el banco hasta que en 1855 el gobierno presentó otro nuevo proyecto, aumentando el capital, á fin, decia, de ponerlo en estado de dar las prometidas sucursales; pero los diputados de las provincias importantes en que aquellas eran mas necesarias, quisieron tener bancos por derecho propio, y la asamblea dió la ley que actualmente rige, segun la cual pueden crearse bancos en todos los puntos del territorio, á excepcion de algunas ciudades donde el de San Fernando deberá establecer sucursales, ó de lo contrario el gobierno dará facultad para fundar bancos especiales. La España ha entrado, pues, y no la última, en la senda de la libertad de crédito.

(E) pág. 680.

DE LOS MAPAS Y DE LA PRIORIDAD DE LOS  
DESCUBRIMIENTOS.

Los documentos mas importantes de la geografia son sin duda los mapas, y á ellos es preciso recurrir cuando se quieren determinar con exactitud los descubrimientos de nuevos países. La antigüedad nos ha trasmitido pocos; algunos mas la edad média, pero diseminados en puntos distantes, de forma que una persona estudiosa solo podia consultar un corto número. Heeren, al publicar en Gottinga un planisferio correspondiente al siglo xiv, expresó su sentimiento de no haberle sido posible compararlo con el del mu-

seo Borgia. Despues se formó en Paris un gabinete, del cual hemos hablado en la pág. 881 del presente tomo. Esta coleccion prestará una utilidad indecible; mas aun permanece reservada á las personas estudiosas de Paris, y no diré á los pocos á quienes se permita consultarla, porque allí no se conoce la envidia que en Italia convierte á los bibliotecarios en una especie de dragones, con los ojos clavados en su tesoro, y cuidando de que nadie saque de él ningun fruto. Y esto, no porque lo guarden para si solos, sino porque no aparezca su ignorancia al cesar el misterio y la fascinación conservada mediante el silencio y las reticencias.

El Portugues vizconde de Santaren satisface actualmente los deseos de las personas de todos los países que se dedican á este género de estudios. Habia cooperado á los estudios geográficos publicando la crónica de la conquista de Guinea, redactada por Gómez Yáñez de Azurara, y las investigaciones históricas sobre América Vespucio. Ahora está imprimiendo un atlas de todos los mapamundis, derroteros y cartas geográficas anteriores á los grandes descubrimientos de fines del siglo xv, copiándolos de las varias bibliotecas donde se encuentran, y disponiéndolos en un orden cronológico. Van publicados ya treinta y dos mapamundis, ademas de veintidos monumentos geográficos. Véase la lista á continuación:

- Desde el siglo vi al ix. Mapamundi de Cosme Indicoplueta.
- En el siglo ix. Mapamundi de un manuscrito de la biblioteca de Roda en Aragón.
- — x. Mapamundi anglo-sajon del museo británico.
- Otro de un ms. de la biblioteca de Florencia.
- — x. Planisferio de un ms. de Marciano Capella en la biblioteca de Leipzig.
- Mapamundi de la cosmografía de Azaf.
- — xii. Planisferio de un ms. de la biblioteca real de Turin.
- Mapamundi de un ms. de Salustio en la Laurenciana.
- Dos planisferios de Honorato de Autun.
- — xiii. Planisferio griego de un ms. de Salustio en la Medicea de Florencia.
- Planisferio de Cecco de Ascoli.
- Otros cuatro del ms. de la *Imagen del mundo*, de Gualtero de Metz.
- Mapamundi de un ms. del museo británico.
- Mappa terre habitabilis* de las crónicas de Matias Paris.
- Por último, un mapamundi del museo británico, no ménos importante para la geografia de la edad média que la carta de Haldinghan de la catedral de Hereford.
- — xiv. Mapamundi de Nicolas de Oresme, maestro de Carlos V de Francia.
- Mapamundi de Martin Sanuto, de un ms. de la biblioteca nacional, perteneciente al año 1320.
- Mapamundi de las crónicas de San Dionisio.
- Mapamundi añadido á un ms. de Guillermo de Trípoli.
- Dos mapamundis de dos Salustios de la Medicea.

Mapamundi perteneciente al año 1350 en un ms. de Marco Polo en la biblioteca de Estokolmo.

La importancia de los mapas se aumenta en el siglo xv, pues nos hacen ver en qué estado se hallaban los conocimientos cuando aparecieron los grandes descubridores. Santaren publica el mapamundi de la *Imago mundi*, de Pedro de Ailly, en el cual se encuentra indicada, en el centro del África, la ciudad de Arina, por donde los Árabes hacian pasar su meridiano.

El mapamundi del cardenal Filastro, ms. de Pomponio Mela en la biblioteca de Reims.

El mapamundi de Andres Bianco, perteneciente al año de 1436.

Un planisferio sacado de un poema geográfico del siglo xv.

El mapamundi del fin de aquel siglo, que acompaña á la obra rarísima de Lasalle, y un planisferio que está á la cabeza de un ms. latino de la biblioteca nacional de Paris.

Los demas documentos son, ó cartas parciales ó extractos de otras mayores; van publicados hasta aquí los siguientes:

Del siglo xiv: un fragmento del África de los Pizzigani en 1367.

Un fragmento del África Occidental, sacado de una carta catalana.

El atlas de la biblioteca Pinelli, compuesto de seis cartas marítimas, que representan el mundo de aquella época.

Del siglo xv son: el África, tomada de un mapa de la biblioteca de Weimar, perteneciente al año 1424.

Un fragmento del mapamundi de Andres Bianco, del año 1436.

El África sacada de la carta de Valsequa, perteneciente al año 1439.

Fragmento del África Occidental, del mapamundi de Fray Mauro; este mapamundi es la mayor de las cartas geográficas antiguas, y se publicará entero en facsimile.

Dos dibujos del África Occidental de Benincasa, correspondientes á los años 1467 y 1471.

El África del Globo de Martin Behaim, perteneciente al año 1492.

Del siglo xvi son: el África de la carta de Juan de la Cosa, de Ruyck, correspondiente al año 1508, de la de Tolomeo de 1513, del mapa de Weimar de 1527, de los de Jacobo de Vaulx de 1533, de Diego Rivero de 1529, de Guillermo el Cabezado, y de Juan Martínez.

En el siglo siguiente el África está representada segun la carta de Guillermo Levasseur, perteneciente al año 1601; la de Dupont de Dieppe en 1625; de Juan Gherardo de Dieppe en 1634.

Los mapamundis son figuras circulares del globo, destinados á representar lo que el autor conocia en masa sobre la posicion relativa de las tierras; pero sin una relacion necesaria con la forma verdadera del globo, ó con los círculos paralelos ó meridianos. En estos mapamundis las últimas tierras del África están colocadas donde nosotros fijamos el polo austral; las últimas de Europa cerca del polo boreal, y la extremidad occidental de Europa y la oriental del África tocan en los dos extremos del hemisferio. Así se pretendia representar la tierra habitable. *óxou-mévo;* de Homero. El mar rodeaba esta área. Acá y allá se ven indicados algunos países mas famosos, como Troya, Jerusalem, Babilonia, Roma, y tampoco falta el paraíso terrenal. Las grandes divisiones aparecen contorneadas por líneas rectas; pero al acercarse al siglo xv, estas van tomando la forma curva que se advierte en la carta de Marin Sanuto, si bien todavia no se sigue mas regla que el capricho, y la mudanza de un lugar obliga á variar el orden observado en todos.

En los planisferios se advierte un arte mas adelan-

tado y el intento de representar las tierras con alguna proporcion, atendiendo á las posiciones relativas de los paralelos y de los meridianos. Así el planisferio de Cecco de Ascoli muestra la Europa, el Asia y el Africa con discreta exactitud, y de tal modo que no llenan todo el globo, sino que están al Norte del Ecuador, como un hemisferio envuelto en una superficie plana. El exámen, pues, de tales mapas puede dar alguna idea del progreso de la geografía.

Este progreso se ve mejor en las cartas parciales, principalmente en las marítimas, que estando hechas para el uso de los navegantes, requerian mas precision, y cualquiera error no tardaba en advertirse. Hay dudas en cuanto á la época de su introduccion; pero el famoso historiador árabe Ibn Kalidun, que vivió desde 1332 á 1406, las cita como una cosa ya usada en su tiempo, pues hablando de las Canarias, dice: « Estas islas fueron descubiertas casualmente, » en atencion á que las naves no van hácia aquellos mares sino impelidas por los vientos. Los dos países que rodean el Mediterráneo, son conocidos perfectamente y están dibujados en planos y sobre pliegos con su forma verdadera, indicándose hasta las direcciones de los vientos: se denomina á los tales planos alambas, y los navegantes disponen sus viajes con arreglo á ellos. Pero no existe nada semejante respecto del Atlántico; así los barcos temen arriesgarse á surcar sus aguas, pues en llegando á perder de vista las costas, ignoran el modo de volver al punto de la salida. »

El derrotero mas antiguo que inserta Santaren es el de Pizzigani, correspondiente al año 1367, y aunque faltaba todavía una base científica, á lo ménos, despues de introducidas las cartas marítimas, todo viajero pudo indicar la direccion de su viaje y las distancias.

Ademas de la importancia que da á estas cartas el ser fácil por su medio seguir paso á paso el conocimiento creciente del globo, los dibujos, los adornos, y especialmente las inscripciones de que están llenas, son extravagantes y denotan las ideas y el grado de instruccion del siglo en que fueron formadas. En unas se ven á los vientos personificados, con sus odres; en otras á Adán y Eva; aquí el paraíso terrestre « en la parte mas elevada de la tierra, ceñido por una muralla cubierta de hojas, » cual lo describía el parabólico Mandeville; allí, en las Canarias, una estatua colosal que agitaba su maza desde lo alto de una torre para impedir que los viajeros siguiesen adelante; mas allá la Abisinia con el Preste Juan y su mitra cargada de piedras preciosas, y los demas países de Africa con sus reyes, en cuyas personas brilla el oro y la plata, sus Negros, sus grupos de jirafas, de elefantes, de animales desconocidos, y en el mar las carabelas portuguesas, espléndidamente empavesadas, que dan la vuelta al mundo.

En su mayor parte están grabadas por el excelente buril de Bouffard, á que tanto deben las obras de Orbigny, Berthelot, y Ramon de la Sagra. Es de sentir que el objeto especial del libro que elogiamos haya inducido al autor á no publicar sino fragmentos de algunas cartas, que deseáramos ver impresas por completo.

Á la parte que llamaremos gráfica, añade el vizconde de Santaren una polémica, donde sostiene la prioridad de Colon y de los Portugueses en aquellos descubrimientos, que hoy pretenden algunos atribuir á este ó á aquel, llevados de su afición á las paradojas, de su frenético deseo de humillar las glorias adquiridas, miserable tarea de nuestro siglo, que se siente roer por la envidia y á quien pesa el respeto. Á propósito de la obra que examinamos, observaba el *Foreign and colonial Quarterly Review*, correspondiente al mes de octubre de 1843, que « la envidia es consiguiente al buen éxito que corona una empresa, y que algunos, incapaces de elevarse, diri-

gen todos sus esfuerzos á deprimir y rebajar á su nivel todo cuanto existe noble y grande: estos individuos no conocen alegría mas viva que la de hallar medio de indicar que una mujer virtuosa ha cometido un deslíz, que un eclesiástico piadoso puede ser tachado de hipócrita, que un soldado valiente es cobarde en el fondo de su corazón, que un hombre de Estado patriota se mueve guiado de motivos ruines. No hay ningun hombre ilustre que no haya sido atacado, ninguna grande accion que no se haya puesto en duda. »

Colon pareció un loco mientras recorrió la Europa haciendo ver la posibilidad de llegar por el Occidente al Oriente; pero, en cuanto logró su intento, astutos navegantes trataron de establecerse clandestinamente en los países que él había descubierto, al paso que los pedantes de Europa buscaban textos con que demostrar que otros habían conocido antes aquel continente. Despues la ciencia moderna sacó de los archivos documentos ó indicios para probar que Colon había tenido quién le precediese en el mundo, donde no encontró sino ingratitud. Los habitantes de Dieppe colocaron ántes de él á un tal Cousin, que animado por las conjeturas de su conciudadano Dechaliens, mirado como padre de la ciencia hidrográfica, emprendió largas navegaciones, y en 1488 descubrió la embocadura del Rio de las Amazonas, de donde volvió al año siguiente á su patria, costeando los países del Congo y de Angola. Pero todo esto descansa en la fe de un escritor que vivió en 1667, y si se pregunta por qué no existen recuerdos de aquel viaje en los archivos de Dieppe, contestan que se quemaron en 1694. El ilustre Polaco Lelewel citó á su compatriota Juan Szcolny, el cual, hallándose en 1476 al servicio del rey de Dinamarca, llegó á las orillas del Labrador, pasando mas allá de la Noruega, de la Groenlandia y de la Frislandia de los Zeni. Humboldt hizo fuertes objeciones al aserto de Lelewel, alegando principalmente el silencio de Gomara, que sin embargo conocia el viaje del Polaco y tenia empeño en minorar la gloria de Colon. Mayores títulos poseen sin duda los Islandeses, que partiendo de la Groenlandia, llegaron el año de 1000 á la Vinlandia y á Drocco, países que corresponden con Terranova, ó con el continente de la Nueva Escocia, y parece penetraron hasta la Carolina; pero el relato de tales expediciones está en forma mitológica (dice acertadamente Bancroft, el mejor historiador de los Estados Unidos) difícil de entender; es antiguo, pero no contemporáneo. No se concibe que Sturleson desdeseñe esta gloria nacional, y sin embargo su relacion, que es el documento mas antiguo que se cita en la materia, es mirada como apócrifa. Las particularidades geográficas son demasiado vagas, y pueden aplicarse á cualquiera latitud desde Nueva York hasta el Cabo Farewell, así como la Vinlandia se buscó desde la Groenlandia y el Rio San Lorenzo hasta el África.

Lo mismo aconteció á Diaz y Vasco de Gama: atrayéndose al principio la admiracion por haber doblado el Cabo de Buena Esperanza, con lo que abrieron á las artes y al comercio nuevas fuentes de inventos atrevidos y de ventajosas especulaciones; pronto se encontró quien quisiese rebajar su gloria, pretendiendo que otros habían pasado mas allá del Cabo Bojador primero que los Portugueses. Santaren se esfuerza en defender la gloria de estos, y en probar que ántes que Gil Yañez doblase en 1443 el formidable promontorio, no se tenia ninguna noticia exacta de aquella costa, de la fisonomía geográfica del país, ni aun de su existencia. El argumento mas fuerte se deriva de las cartas mencionadas, pues por ellas se evidencia que los geógrafos no conocian aquellos países sino á medida que los Portugueses los iban descubriendo. Los antiguos se habían ceñido á narrar hechos fabulosos cuando aludían á aquellas playas inhospitalarias, cubiertas de ardientes arenas,

de reptiles venenosísimos, afligidas por el mortal simum, y azotadas por olas que parecían deber alejar de allí siempre á los navegantes. Quizá sea verdad, y en cuanto á mí así lo creo, que los Cartagineses extendieron mucho sus correrías por aquella costa; pero ninguna noticia nos ha quedado de tales viajes, y por tanto ninguna indicacion les merecemos de una travesía estable; y los geógrafos hasta Tolomeo creyeron que el África terminaba mas acá de la línea equinoccial, cuyos calores impedían doblar el último Cabo.

Los Árabes hubieran podido adquirir mejores conocimientos de aquellos parajes, acostumbrados como están á vivir en climas ardientes y viajando con el camello al traves del desierto; sin embargo, sus geógrafos son completamente ignorantes en este punto. Edrisi, que á todos aventaja, cree que solo se halla habitado el hemisferio septentrional, y que en el meridional no pueden resistir el calor los animales, la vegetacion, ni las aguas. Los Árabes adquirieron luego algun conocimiento mas de aquellas playas y rios, aunque por tierra y confusamente. Brunetto Latini, Sacrobosco, Miguel Escoto, Roger Bacon y Marino Sanuto no tienen en el particular mas que ideas inexactísimas ó falsas: Juan de Mandeville asegura que en el Mar de Etiopia no hay peces; Fazio de los Uberti dice que los habitantes son allí negros como carbon; Boccaccio, que fué discípulo de Andol del Negro, escribe que al pié del Monte Atlas habitan hombres con el pié á modo de horquilla y sátiros.

Bastarian estos errores para probar que no era conocido aquel país; no obstante, se empeñan en combatir la prioridad de los Portugueses los marineros de Dieppe, Bethencourt, el Catalan Jáime Ferrer, y los Genoveses Doria y Vivaldi. El vizconde de Santaren esgrime las armas de su ingenio á fin de refutar á estos, deteniéndose principalmente en los Normandos, como que son los mas obstinados en sustentar sus pretensiones. Conocidísima es á nuestros lectores la terrible audacia con que los Normandos recorrieron los mares y rios de Europa. Pues bien, un autor quiso probar que debieron haber conservado relaciones con los Moros de España, y en consecuencia con los de Africa, visitando por lo mismo el litoral de la Mauritania hasta el Cabo Non, de donde sin duda se trasladarian á las Canarias. Ademas, el autor de la *Notice historique sur le Sénégal et ses dépendances* (Paris 1839) dice que en 1375 algunos negociantes de Ruan se asociaron con marineros de Dieppe para formar establecimientos mercantiles desde la embocadura del Senegal hasta la extremidad del Golfo de Guinea, y fundaron el Petit Dieppe, el Petit Paris y otros establecimientos; pero todos estos asertos no se apoyan mas que en un tal Villaut de Bellefond, que así lo escribió en 1667, en una relacion de la costa de Guinea dirigida á Colbert. Habiéndole copiado los autores subsiguientes, y admitiendo sus aseveraciones la vanidad de sus conciudadanos, y las personas que cuentan las autoridades que afirman un hecho y no examinan los datos de que parten, no se reflexionó que entonces la Francia estaba ocupadísima en defender su independencia contra los Ingleses, los cuales eran dueños del canal en que está situada Dieppe, y que ningun analista ni historiador anterior á Villaut hablan una palabra de ello.

La *Histoire de la première découverte et conquête des Canaries faite des Van 1402 par messire Jean de Bethencourt, écrite du temps mesme par F. Pierre Boutier et Jean Verrier, prestre domestique dudit sieur de Bethencourt, et mise en lumière par M. Galien de Bethencourt, conseiller du Roy en la chambre du parlement de Rouen*, fué publicada en Paris en 1630, y en ella se dice que llegaron hasta Guinea; pero Santaren demuestra que se indicaba entonces con este nombre un país situado mas acá del Cabo Bojador.

El Catalan Jáime Ferrer, habiendo zarpado de Mallorca el 16 de agosto de 1346, se dirigió al Rio del Oro; mas suponer que este sea el Rio de Oiro en Guinea, es cosa enteramente gratuita, y mas bien parece se tratase de un rio al Norte del Cabo Bojador; ademas, cualquiera que fuese la direccion, es lo cierto que Ferrer no volvió de aquel viaje.

El único viaje verdadero mas allá del Cabo Bojador parece ser el de Ibn Fathima, que habiéndose embarcado en Noul, mas acá del expresado Cabo, sin llevar idea de pasar este, fué obligado á ello por la tormenta, y llegó hasta el Cabo Blanco: habiendo entrado de nuevo en el Golfo de Arnim, al Sur del Trópico, verificó su retorno por tierra. Viaje fortuito, tanto que ni Bakoui, ni Ibn Calidun, ni Abulfeda hacen de él mencion; debiendo advertirse que este último había visto el manuscrito donde se refiere.

Santaren combate tambien las pretensiones de los Genoveses, que quieren atribuir aquella gloria á sus compatriotas. Es sabido que poco ántes se aseguró habían zarpado de Génova en 1287 Vadino y Guido Vivaldi con dos galeras para dar la vuelta al África y llegar á la India; pero que una galera encalló en la costa de Guinea, y la otra arribó á Etiopia, donde la tripulacion fué hecha prisionera, logrando salvarse un solo marinero. Encuéntrense de este notas en el itinerario de Antoniotto Usodimare; ademas, Pedro de Abano y Cecco de Ascoli dicen, que animados con tal noticia, Teodisio Doria y Ugolino de Vivaldi, en union de dos frailes franciscos, se embarcaron en 1292, siguiendo el mismo camino, y no se supo mas de ellos. Sebastián Ciampi publicó en 1827 una *Relacion del descubrimiento de las islas Canarias y otras islas del Océano encontradas recientemente en 1341*, escrita por Boccaccio, conforme á los datos que le comunicaron algunos mercaderes florentinos que los habían recogido en Sevilla de Nicolas de Recco, uno de los jefes de aquella expedicion. El abogado Canale citó un pasaje del continuador de Caffaro, que habla, refiriéndose al año de 1291, de los mencionados Teodisio Doria y Ugolino de Vivaldi. Para apreciar como se merecen estas indicaciones, se necesita probar la autenticidad del testimonio, y el señor Canale suministró medios al efecto. La historia agrada á las naciones ilustres, al paso que es temida por las desdichadas y tiránicas. Génova tuvo, pues, una serie de historiadores contemporáneos de los hechos que relataron. Caffaro, á su vuelta de la Cruzada de 1101, se propuso narrar los acontecimientos en que había tomado parte, y habiendo llegado hasta el año 1132, presentó el libro á los cónsules del Común, que despues de consultar el dictámen de los consejeros, « lo » mandaron depositar en el archivo, para que fuese allí un testimonio perpétuo de las victorias de los Genoveses (1). » El mismo Caffaro tomó despues nuevamente el hilo de la historia, y la llenó hasta el año 1163, tres años ántes de que muriese, á los 86 de edad. Otro Caffaro tuvo de los cónsules el encargo de continuar la obra; pero solo refirió la expedicion de Tortosa; Oberto Canciller narró los acontecimientos desde 1166 á 1173; desde este último año á 1196 lo hizo Ottobono Scriba; siguió Ogerio Pane hasta 1224; luego Bartolomé Scriba hasta 1264. Entonces cuatro analistas, por mandato del gobierno, continuaron refiriendo lo que faltaba hasta dicho año de 1264; despues otros cuatro los dos años siguientes; igual número desde 1267 á 1269; cuatro tambien hasta 1280. En este año se contaba entre ellos Jacobo Doria, el cual continuó hasta 1293, y al año siguiente presentó su relato al podestá y al consejo, que decretaron

(1) « Consules, audito consilio consiliatorum palam, coram consiliatoribus Gullielmo de Columba publico scribano praeceperunt ut librum a Caffaro compositum notatum in Communis cartulario poneret, ut deinceps cuncto tempore futuris hominibus Januensium victoriae cognoscantur. » CAFFARO, p. 1.

formaría parte de la crónica genovesa contemporánea (1).

Tenemos, pues, redactada por veinte escritores la historia auténtica de Génova, que permaneció en el archivo secreto de la república hasta 1808. El atroz derecho de conquista, brutalmente ejercido entonces, condenó á Génova á enviar á París al ministerio del interior veinticinco cajas de papeles de su archivo. La paz subsiguiente, que solo reparó los daños causados á cierto número de pueblos, no restituyó á Génova ni siquiera el tesoro de sus recuerdos, y aquellos escritos continúan en la Biblioteca nacional de París, en la sala que precede á la de la herencia Colbert. Hay cierto número de copias en Génova, unas mutiladas, otras conformes con el texto parisiense, y algunas hasta legalizadas; tales son los tres de la Biblioteca cívica, de la universidad y de los misioneros urbanos; una del señor Gambino y otra del marqués Durazzo. Ahora bien, todas estas, como tuvo la bondad de verlo á petición mía el señor Canale, contienen el pasaje citado en los precisos términos siguientes: «Eodem anno (1291), Theodisius Auriæ, «Ugolinus de Vivaldo et ejus frater, cum quibusdam aliis civibus Januæ, cœperunt facere quoddam viagium, quod aliquis usque tunc facere minime attemptavit. Nam armavit optime duas galeas, et de victualibus, aqua et aliis necessariis in eis impositis, miserunt eas de mense madii de versus strictum » Septe (el estrecho de Seta), ut per mare Oceanum irent ad partem Indiæ, mercimonia utilia inde devaldo personaliter et duo fratres minores. Quod quidem mirabilis fuit non solum videntibus, sed etiam audientibus. Et postquam locum quod dicitur » Gozora (Azora) transierunt, aliqua certa nova non habuimus de eis. Dominus autem eos custodiat et incolumes reducat ad propria.»

Contra tal testimonio parece que nada puede la crítica de Santaren. Otras memorias de atrevidos navegantes genoveses pudieran rebuscarse; recordaré especialmente que el rey Dionisio de Portugal en 1317 empleó como almirante hereditario á Manuel Pezagno, natural de Génova, el cual debía tener siempre á disposición del monarca un estado mayor de 20 oficiales genoveses, para mandar y conducir sus galeras.

Favorece á Portugal el ver que la corte de Roma atendió las razones que alegaba respecto de los nuevos países, lo que no hubiera tratado de disputarle la prioridad por varios Estados de Europa, en particular por la Francia. Todos los navegantes se servían en los mares de África de pilotos portugueses, hasta el siglo xvi, y desde la fundación de San Jorge de Mina, ningún documento prueba que lo frecuentasen mas que portugueses, hasta que en las guerras entre Carlos V y Francisco I, algunos armadores franceses proyectaron una expedición á la costa de Guinea, so pretexto de que los portugueses facilitaban pólvora y dinero al emperador. El análisis de los mapas publicados por el vizconde de Santaren convence de que la figura del África, en su parte última, era totalmente desconocida antes del viaje de Gil Yáñez en 1443; que adquirió mayor exactitud á medida que se verificaron los descubrimientos de los portugueses, y que en los siglos xv y xvi todas las denominaciones de la costa estaban tomadas del idioma portugués.

(1) «Anno a N. Dni MCCLXXXIV, die XVI Julii, egregius vir multa honestate et sciencia præelectus Jacobus Auriæ hujus operis laudabile consequitum, coram nobilibus viris DD. Jacobo de Carcano potestate Comitis Januæ et Simone de Grimelio capitaneo populi, abbatí populi, et auctoris hujus civitatis, continuationem operis cronice ab eodem feliciter ordinatum presentavit Qui videntes ditum opus optime fore compositum, consulerunt, laudaverunt et dureverunt præfatum opus in præsentí cronice ventilari, dictumque virum multipliciter de tanto opere et sic bene composito vere collaudantes. Ego Gulielmus de Caponibus notarius presentationi predicto concilio et decreto predicto inter fui et scripsi.»

Pudieramos oponer algunas autoridades al aserto de Santaren, cuando dice que nadie tenía conocimiento de los antipodas, y que se creía inhabitable la zona tórrida. Ciertamente la erudición fué el menor mérito de los antiguos, y sorprende el hallar tan desprovistos de ella aun á aquellos autores que le deben su principal gloria, como Plinio el Anciano y Varron. Atendiendo á la geografía, diremos que algunos escritores ignoraban enteramente los hechos demostrados por los que les habian precedido, y renovaban errores combatidos ya. Tácito, por ejemplo, dice que M. Agrícola fué el primero que conoció que la Inglaterra era una isla; siendo así que César la habia descrito anteriormente como tal, y con toda la exactitud posible en su época, colocando al Oriente de la Bretaña la Germania; al Mediodía la Galia; al Occidente, la España, y á mitad del camino la Irlanda. Homero representa á los héroes ilíacos maravillados de la travesía desde el África á la Sicilia, y sin embargo, los Fenicios surcaban ya las aguas del Océano. Herodoto, tan docto hasta en la geografía, ignoraba los descubrimientos de los Cartagineses. Estrabon, que nos dejó el mayor monumento de geografía antigua, era completamente ignorante en lo respectivo á la Bretaña, que, sin embargo, se contaba ya entre las provincias romanas, y creía que el Mar Caspio comunicaba con el Océano Septentrional, aunque Herodoto habia hablado de él como de un gran lago, y los soldados de Pompeyo habian reconocido su contorno. Plinio llama isla á la Escandinavia. Véase antes pág. 648.

En cuanto á los antipodas, ya entre los antiguos, Gemino, contemporáneo de Ciceron, aseguraba, «que no debía creerse inhabitable la Zona Tórrida, pues al contrario, algunos que llegaron hasta allí, habian encontrado gente; no faltando quien sostuviera que las tierras situadas en el centro estaban mas pobladas que las de las extremidades.» Dante habia explicado la posibilidad de que hubiese antipodas, con indicar claramente en el centro de la tierra el centro de gravedad, el punto «adonde son atraídos todos los cuerpos pesados,» pasando mas allá del cual, vuelca.

Concluirémos diciendo, que indudablemente algun aventurero fué impelido por la fortuna ó por su atrevimiento al otro lado del Cabo Bojador antes que los Portugueses; pero sin que esto influyese en las relaciones comerciales, ni dejase el menor rastro en la ciencia. También es posible que tres siglos antes de Colon los Irlandeses arribasen al continente americano; mas tal acontecimiento en nada perjudica á la gloria del Genoves, el cual no llevó por objeto descubrir un nuevo mundo, sino abrir un nuevo camino hacia las Indias Orientales. Los Portugueses lo consiguieron costeaando el África, y dirigiéndose primero al Sur y despues al Este; Colon se propuso lograrlo por el Oeste. Llamó en auxilio de su propuesta todos los argumentos imaginables; pero jamas hizo uso del que le hubiera valido un triunfo seguro, á saber, que otros habian ido allí antes. Tampoco sus adversarios, que al principio le argüían con la imposibilidad de la empresa, y que luego se empeñaron en escatimarle la gloria, adujeron el argumento mas decisivo, esto es, que otros le habian precedido en aquella senda. Los reyes de España, que apuraron el ingenio para negar por ingratitud lo que en un instante de aturdimiento habian prometido, no opusieron jamas tal argumento á Colon. Veinte testigos declararon que el Almirante habia tenido noticia del Nuevo Mundo por un libro existente en Roma en la Biblioteca de Inocencio VIII y por un cántico de Salomon que indicaba el nuevo camino á las Indias; pero, como acontece á la envidia, semejante oposicion no ha hecho mas que patentar la injusticia con que la posteridad pretende usurpar al almirante la gloria de sus descubrimientos.

(F) pág. 684.

SOBRE LA CONFIANZA DE COLON DE PODER DESCUBRIR LAS INDIAS.

Fernando, hijo de Cristóbal Colon, expone en estos términos las causas que indujeron á su padre á creer que podría descubrir las Indias (1).

«Las causas que determinaron al Almirante á emprender el descubrimiento de las Indias, fueron tres, á saber: fundamentos naturales, autoridades de escritores, é indicios de navegantes. Con respecto á lo primero, que es una razon natural, digo, que consideró que toda el agua y la tierra del universo constituirían y formaban una esfera, cuya vuelta se podía dar de Oriente á Occidente, caminando los hombres hasta que llegasen á estar piés con piés, en cualquiera parte que fuese, encontrándose á la opuesta.

Supuso, en segundo lugar, y conoció, por la autoridad de escritores estimados, que en una gran parte de esta esfera se habia ya navegado, y que solo faltaba para que estuviere toda descubierta y manifiesta, el espacio que se extiende desde el fin oriental de la India, de que Tolomeo y Marino tuvieran noticia, hasta que siguiendo el camino de Oriente se volviese por nuestro Occidente á las islas Azores y de Cabo Verde, que era la tierra mas occidental descubierta hasta entonces.

Consideraba, en tercer lugar, que el dicho espacio entre la extremidad oriental conocida de Marino, y las dichas islas de Cabo Verde, no podía ser mas de la tercera parte del círculo mayor de la esfera; pues el referido Marino habia llegado en otro tiempo á Oriente en quince horas ó partes, de las veinticuatro que hay en la redondez del universo, y faltaban cerca de ocho para llegar á las islas de Cabo Verde. Ahora bien, el referido Marino no comenzó su descubrimiento tan al Poniente como creyó; porque habiendo escrito en su *Cosmografía* en quince horas ó partes de la esfera hacia el Oriente, si no habia llegado aun al fin de la tierra, era preciso que esta extremidad estuviere mas adelante, y de consiguiente mas próxima á las islas de Cabo Verde por nuestro Occidente. Si aquel espacio era mar, un buque podría fácilmente recorrerlo en poco tiempo, y si tierra, mas pronto se descubriría por el mismo Occidente, en atencion á que estaria mas cerca de las dichas islas.

Á esta razon se agrega lo que dice Estrabon en el libro XV de su *Cosmografía*, á saber: que nadie habia llegado con un ejército á la extremidad oriental de la India, país tan grande, segun Ctésias, como toda la otra parte del Asia. Onesicrito afirma que es la tercera parte de la esfera, y Nearca que tiene cuatro meses de camino llano. Plinio dice ademas en el capítulo 17 del libro XV de su *Historia natural*, que la India es la tercera parte de la tierra. Deducía, pues, que tal magnitud era causa de que estuviésemos mas próximos á nuestra España por el Occidente.

La quinta consideración que hacia creer mas en la poca extension de aquel espacio, era la opinion de Alfragano y de sus secuaces, el cual supone la redondez de la esfera mucho menor que todos los demas autores y cosmógrafos, no atribuyendo á cada grado de esfera mas de 56 millas y dos tercios, de cuya opinion inferia que siendo la esfera pequeña, aquel espacio de la tercera parte, que Marino dejó como desconocido, debía ser por precision muy pequeño. En su consecuencia, sería navegado en ménos tiempo de lo que él mismo suponía; porque no estando aun descubierta la extremidad oriental de la India, esta extremidad sería la tierra que se encuentra próxima á nosotros por Occidente, y en tal virtud se podría

llamar con justa razon Indias á las tierras que descubriese. Se ve, pues, claramente con qué poca razon maese Rodrigo, arcediano que fué de Reina en Sevilla, y algunos de sus secuaces, censuran al Almirante diciendo que no debía llamarlas Indias, porque no lo eran: el Almirante no las llamó Indias porque hubiesen sido vistas ni descubiertas por otros, sino porque eran la parte oriental de la India mas allá del Ganges, á la cual ningun cosmógrafo habia asignado límite ó confin con otra tierra ó provincia por el Oriente, á no ser con el Océano, y como estas tierras son la parte oriental desconocida de la India, y no tienen nombre particular, les asignó el del país mas cercano, llamándolas Indias Occidentales; tanto mas cuanto que sabiendo la opinion que tenia de rica y célebre la India, quiso invitar con aquel nombre á los Reyes Católicos, dudosos de su empresa, diciéndoles que iba á descubrir las Indias por el camino de Occidente. Todas estas razones le determinaron á desear ser comisionado por los reyes de Castilla, con preferencia á cualquier otro príncipe.

La segunda razon que animó al Almirante á acometer aquella empresa, y que le permitió llamar Indias á las tierras que descubriese, fueron las muchas autoridades de personas doctas, cuya opinion era que se podía navegar por Occidente desde España hasta la extremidad oriental de la India, y que el mar que existia en medio no era muy grande, segun afirma Aristóteles al fin del libro II del *Cielo y del Mundo*, donde dice que se puede desde las Indias pasar á Cádiz en pocos dias. Esto lo prueba tambien Averroes; y Séneca en el libro I de las *Razones naturales*, no estimando en nada lo que se puede saber en este mundo, en comparacion de lo que se llega á aprender en la otra vida, dice que un barco podría ir en pocos dias, con viento favorable, desde la última parte de España hasta la India. Si, como pretenden algunos, este Séneca, fué el que compuso las tragedias, podremos decir que aludió á lo mismo en el coro de la *Tragedia de Medea*.

..... Venient annis  
Sæcula seris, quibus Oceanus  
Vincula rerum laxet, et ingens  
Pateat tellus, Tiphysque novos  
Detegat orbes, nec sit terris  
Ultima Thule.

Lo que quiere decir: «En los últimos años llegarán siglos en que el Océano aflojará los vínculos que unen las cosas, y entonces se descubrirá un gran país; otro Tifis explorará nuevos mundos, y Thule no será la tierra mas remota.» Profecía que se considera cumplida en nuestros dias en la persona del Almirante. Estrabon dice tambien en el libro I de su *Cosmografía*, que el Océano rodea toda la tierra, que por el Oriente baña toda la India, y por el Occidente la España y la Mauritania, y que se podría, si la extension del Atlántico no lo impidiese, navegar de uno á otro país en un mismo paralelo. Repite lo propio en el segundo libro. Plinio, en el capítulo 3 del libro II de su *Historia natural*, dice tambien que el Océano circunda toda la tierra, y que su longitud de Levante á Poniente es desde la India á Cádiz. Añade en el capítulo 31 del libro VI, y Solino en el LXVIII de las *Cosas memorables*, que desde las islas Gorgóneas, que se cree son las de Cabo Verde, la navegacion es de 40 dias hasta las Hespérides, que el Almirante opinó debian ser las de la India. El Veneciano Marco Polo y Juan de Mandeville dicen, en sus itinerarios, haber penetrado en el Oriente, mucho mas allá de los lugares descritos por Tolomeo y Marino, y aunque no hablan del Mar Occidental, puede, no obstante deducirse, por lo que refieren del Oriente, que la mencionada India está próxima á África y á España. Pedro Aliaco, en el tratado *De Imagine mundi*, capítulo 8,

(1) *Storia del signor don Fernando Colombo*. Milan, 1614.